



GABRIEL RODRÍGUEZ
BALDER
LEONARDO DE ARRIZABALAGA
VICENTE LLORCA
V. FERRÁN MARTINELL
IGNACIO GÓMEZ DE LIAÑO
ALFONSO LUCINI



PVP : 1.300 PTAS.

INVENTARIO

Semestral publicado por
Ignacio Gómez de Liaño
V. Ferrán Martinell
y Alfonso Lucini



Madrid - Barcelona

Verano de 1996

6

MAMMÓN Y LAS MUSAS
(LA CRISIS ACTUAL DE LA CULTURA Y EL
FUTURO DE LAS ARTES EN LA ERA
INFORMÁTICA)

Leonardo de Arrizabalaga

Las artes están en crisis. Los criterios de valor supuestamente normales sobre qué producir y qué gustará han sido tergiversados. Los valores artísticos —originalidad, sencillez, profundidad, economía de medios y autenticidad (resumiendo, el *conato de excelencia*)— son rechazados por agentes, editores, galerías, productores y otros encargados de difundir la obra de arte entre el público. Estos intermediarios parecen preferir la mediocridad, la monotonía, el despilfarro y la cursilería. Van a lo seguro y consabido, a lo que roce, en apariencia, la profundidad, pero que evada los aspectos duros, complejos y desafiantes del arte. Buscan una obra, cuanto más superficial mejor, que no obligue al público a pensar demasiado. Y tampoco parece importarles mucho la calidad de la realización.

Está claro que los criterios artísticos —derivados de la práctica del arte y del amor propio que ésta genera— se hallan diametralmente opuestos a los imperantes entre tales intermediarios; sus criterios son producto, mayoritariamente, del ánimo de lucro, aunque en algunos casos provienen de un concepto museístico de la cultura que rechaza de plano toda innovación. Todos ellos se escudan detrás del supuesto gusto del público. Su afán, insisten, no es educarlo, sino darle lo que quiere. Algunos dicen acatar la ley del mercado, otros la del buen gusto. Afirman los unos, abocados al lucro, que dados los costes cada vez más elevados de editar, ejecutar, exponer o rodar, sólo aquellas obras que satisfacen el talante del gran público —mediocre por definición— resultan rentables. Los otros,

cuyo empeño está en mantener "cierto concepto" de la cultura, alegan, por lo contrario, que su excelso público no tolera la fea y cacofónica modernidad. Hay que suministrarle un arte ideal, cuyo límite estilístico extremo coincide con el más almidado posromanticismo.

Aunque los orígenes de estas diversas actitudes sean diferentes, el resultado es el mismo: en vez de actuar como transmisores de la obra seria y original de los artistas contemporáneos, los intermediarios forman una barrera contra su divulgación. Y como son ellos —no los artistas— quienes suelen controlar los medios de actuación, reproducción, ejecución, exposición y distribución, el inmovilismo y la mediocridad predominan sobre la originalidad y el *conato de excelencia*. Este oligopolio de los intermediarios se perpetúa en círculo vicioso, mediante la constante elevación de costes, que termina por excluir del mercado a los pequeños empresarios autónomos, más propensos a tomar el riesgo de la originalidad que las grandes empresas. Este fenómeno ha ido en aumento en los últimos años. Todavía quedan algunos pocos editores, galeristas, productores y otros pequeños empresarios dedicados al *conato de excelencia*, pero ejercen una forma de mecenazgo más bien que de negocio, y cada vez son menos, a medida que se van arruinando.

Esto termina por conducir al estancamiento del arte y, por tanto, al empobrecimiento de la cultura. El panorama actual de las artes parece delatar la existencia de una crisis generalizada en toda la cultura. Dicha crisis consiste en una pugna entre, por una parte, la mediocridad y uniformidad impuestas por los intermediarios que están al servicio de criterios comerciales y, por otra, la tendencia natural de los artistas y otros seres creativos a buscar la novedad y la excelencia. Pero es una pugna desigual, en la que casi siempre ganan los intermediarios. Las estadísticas actuales del mundo de las artes, en el que abunda la basura y escasea la excelencia, parecen confirmarlo. Incluso podría llegarse, de seguir así las cosas, a la extinción definitiva de la alta cultura, que subsistiría momificada en los museos y las salas de concierto, dándose así paso al triunfo exclusivo, en la producción contemporánea, de la llamada cultura popular.

Tal vez no sería esto demasiado grave si no fuese por el hecho de que una cultura tan pobre y uniforme, manipulada por el oligopolio, se hallaría inerme ante la embestida de las fuerzas totalitarias y monopolistas, que siempre acechan, no sólo en el ámbito cultural, sino en el político y el económico. Incluso a quienes no les importe un pepino el estado de las artes o la condición de la cultura, puede preocuparles el intento de recortar el marco de la diversidad política o, en último caso, el de la libre empresa. Y no se debe olvidar que el control de la cultura es el primer paso hacia el control de la sociedad en su conjunto. Aunque sólo fuera por esto y no mediasen otras razones, sería necesaria, tanto en el campo de las artes como en el de la investigación científica, una cultura libre, creativa, independiente y dedicada sin trabas al *conato de excelencia*.

Puede alegarse, y sería cierto, que las crisis no son en absoluto ajenas a las artes y que incluso suelen serles provechosas, dando lugar a grandes obras de la imaginación, cuyo desafío y logro consiste precisamente en resolverlas. Así puede decirse, por ejemplo, que Miguel Ángel resolvió, en la Capilla Sixtina, el conflicto entre el cristianismo y el recién reinventado paganismo; que Cervantes se enfrentó a la crisis del desengaño y acertó con la genial figura tragicómica de Don Quijote; que Bach, con el temperamento igual, replanteó en términos armónicos el encontrado debate filosófico entre el individualismo protestante y el universalismo católico; que los impresionistas superaron la crisis del realismo pictórico, provocado por la invención de la fotografía, pintando visiones de la realidad que ninguna cámara oscura sería capaz de captar.

Pero la crisis actual difiere cualitativamente de las citadas. En aquéllas se disputaban, a través del arte, cuestiones morales, políticas, teológicas y otras que, si bien formaban parte íntegra de la cultura, no ponían en duda el derecho de los artistas a buscar, al paso que las debatían e intentaban resolverlas, la excelencia artística como tal. Definida la crisis actual como pugna entre el *conato de excelencia* y la mediocridad, entre el individualismo y el monopolio, entre la libertad de creación y la ortodoxia totalitaria, se aprecia que en ella pugnan valores que afectan a la esencia misma

del arte y la cultura. Lo que está en juego es nada menos que la existencia de la cultura como fenómeno espontáneo y autónomo.

Las razones por las cuales ha surgido la crisis actual de la cultura son múltiples, complejas, y dignas de un estudio más completo que el que nos permite el marco actual. Baste decir, en resumen, que dicho estudio implicaría una profunda indagación en la historia política, económica y cultural de los tres o cuatro siglos últimos, como mínimo. Habría que dilucidar el papel de las revoluciones democráticas; analizar el surgimiento del capitalismo y sus deformaciones, el oligopolio y el monopolio; observar la multiplicación geométrica del público, antes lector, ahora espectador; explicar el divorcio entre cultura popular y alta cultura; y constatar la sustitución, en el campo de las artes, del mecenazgo por el mercado. Tal indagación en la historia nos enseñaría, entre otras cosas, que la noción del arte como producto de mercado es relativamente reciente y que no nos vincula necesariamente para siempre.

Habría también que estudiar las diferencias entre los diversos tipos de mercado cultural, según sea la variedad de las características de los productos en cuestión, su función social y su forma peculiar de producción y difusión. Puede decirse que —resumiendo— estos abarcan desde los típicos mercados de masa, como el cine, que venden un producto uniforme, de producción costosa pero de venta barata, infinitamente copiable, y en los cuales la ganancia depende del volumen, hasta los mercados individuales, como el de la pintura y la escultura, que venden productos únicos a compradores individuales, y donde la ganancia está basada en el precio, relativamente alto, del producto, siendo también importantes factores algunos no directamente económicos, como el prestigio.

Alrededor de éstos se sitúan mercados como el literario cuyo formato típico, el libro, es infinitamente copiable, pero cuyo contenido puede ser más o menos mayoritario o minoritario, abarcando desde la novela rosa de tirada gigantesca y pingües ganancias, hasta la poesía, donde el prestigio (o la vanidad) prevalecen sobre el ánimo de lucro. Hoy día, debido a la elevación de costes, el mercado de la novela tiende cada vez más a parecerse al del cine: hay que rebajar el nivel del contenido hasta el menor

denominador común, para vender lo suficiente a fin de saldar los altos costes de producción.

El caso de la música es más complicado, en sus dos modalidades: la música clásica es un mercado museístico, en el que el esfuerzo, la inversión y la remuneración giran en torno a la ejecución cada vez más exigente de un canon de composiciones ya existentes, en el que a duras penas se admiten obras nuevas. La música popular, más que arte, es un fenómeno sociológico relacionado con el tribalismo urbano, siendo la propia música una especie de agente psicotrópico que sirve, a nivel comercial, como señuelo para la venta de otros productos extramusicales, como las bebidas en las discotecas y la indumentaria peculiar de sus adictos.

Cualquier estudio digno de ese nombre que enfocase la crisis actual de la cultura tendría, además, que definir lo que se entiende por crisis, y por cultura, y dar cuenta del papel especial de las artes en el marco general de la cultura. Tal estudio nos demostraría, entre otras cosas, que el arte es, ante todo, una forma de comunicación y que su función esencial es la de almacenar y transmitir, en una forma altamente concentrada, mediante un complejo sistema de claves, los valores fundamentales de una determinada cultura, al mismo tiempo que lleva a cabo un cuestionamiento radical de dichos valores. Esta formulación de la función esencial del arte depende, a su vez, de una teoría de la cultura, derivada de la antropología, según la cual cultura material, social e ideológica son tres aspectos de una misma cosa, y cualquier cambio que afecte a uno de ellos los afecta a todos. Finalmente, se debería recordar que el ideograma chino que traduce *crisis* se compone con los radicales de *peligro* y *oportunidad*.

Queden, pues, estas investigaciones para otro lugar, donde pueda dedicárseles la extensión debida. Aquí, en cambio, nos ocuparemos ahora no tanto de la descripción y análisis del problema actual, como de las posibles soluciones del mismo.

En cualquier crisis, como el mismo vocablo griego original lo indica, hay que comprender y valorar la situación antes de actuar. Hay que comprender, primero, la naturaleza de la crisis, para saber qué está en juego, dónde está el peligro y cuáles son las opciones. Luego hay que valorar lo

que se está dispuesto a sacrificar para afrontarla y lo que a toda costa se desea conservar. Después hay que saber cuáles son los elementos decisivos de la situación y de qué medios se dispone para cambiarla. En base a todo esto puede trazarse una estrategia para aprovechar la oportunidad que ofrezca la crisis.

En cuanto a la naturaleza de esta crisis, hemos visto que se trata de una pugna entre el *conato de excelencia* por parte de los artistas, y la tiranía de mediocridad impuesta por los intermediarios, motivados por el ánimo de lucro, mediante el control oligopólico de los medios de producción y difusión del arte.

En cuanto a lo que estamos dispuestos a cambiar y lo que hay que conservar, conviene recordar que el arte es primordialmente un acto de comunicación y sólo en segundo término una transacción comercial. Esto nos indica que lo que se ha de conservar a toda costa es el aspecto comunicativo del arte y, sobre todo, la libertad y autenticidad del mismo, y que el ánimo de lucro en relación con el arte, aunque quizá sea importante para algunos, desempeña un papel rigurosamente secundario, que ha de sacrificarse si ello es preciso para preservar el arte mismo.

En cuanto a los elementos decisivos de la situación y los medios de que disponemos para cambiarla, hay que reconocer que hemos combatido en vano utilizando medios argumentales e inmateriales, como la apelación al sentido estético o moral de los intermediarios. Eso es gastar saliva en balde. Tenemos que descender al campo de lo material, donde se libra la batalla de verdad, y tomar posesión de los elementos decisivos de la situación, que son los que aseguran el control de los medios de producción y difusión del arte. Visto así, está claro que nuestra estrategia implicará la eliminación de los intermediarios.

Y, dispuestos a lidiar, ¿cuáles son las armas de que disponemos para acometer tan insigne hazaña? Es la informática, en conjunción con las telecomunicaciones, el elemento decisivo que promete, si sabemos aprovecharlo, liberar las artes de la tiranía de la mediocridad, eliminando a los intermediarios. Este aserto resultará muy sorprendente para algunos artistas y amantes de las artes, que suelen ver en las máquinas en general, y

particularmente en los ordenadores, instrumentos de opresión, conducentes a la uniformidad y destructores del individualismo artesanal y artístico.

Es cierto que las máquinas pueden ser usadas con fines opresores, pero también pueden servir, en manos de quienes sepan manejarlas adecuadamente, para efectuar la liberación. Ahí está el ejemplo de la reciente revolución en los países del Este europeo, que tanto debe, por una parte, a la máquina de escribir y a su sucesor, el procesador de textos, generadores, junto con las fotocopiadoras, de tantos libros y artículos *samizdat*, y por otra, a la telefonía facsímil, que permitió la difusión a través de las fronteras de dichos textos subversivos.

Las técnicas empleadas para burlar el bisoño control de los comisarios servirán, poniéndolas al día, para quien pretenda derrocar la tiranía de la mediocridad sobre las artes. Pues lo que permiten los ordenadores actuales y futuros, y las redes de telecomunicaciones a las que están conectados, es nada menos que eliminar a los intermediarios.

Ya es posible, tratándose de un texto literario, transmitirlo directamente desde un ordenador a otro, sin limitación de extensión ni distancia. Se puede, por ejemplo, transmitir en poco tiempo el texto íntegro de una novela larga desde Madrid a Tokyo. Puede leerse directamente en pantalla o imprimirse, como se prefiera. En un día no muy lejano habrá programas que lo traduzcan de un idioma a otro.

Un texto musical requiere aparatos más complejos, con programas especiales, pero, mediando estos, ya puede transmitirse una partitura junto con su interpretación, bien sea grabada con instrumentos normales o mediante sintetizador, con la misma facilidad que las palabras.

La tecnología gráfica digital ya ha conseguido tal grado de calidad que se puede crear y transmitir, del mismo modo, imágenes pictóricas, incluso con matices sutiles y colores intermedios, y proyectarlas sobre pantallas de diversa dimensión o imprimirlas sobre tela o papel. Hay quien dispone ya en las paredes de su casa del fondo íntegro del Louvre, pudiendo cambiar los cuadros expuestos en tamaño natural a voluntad, con un mando a distancia similar al de la televisión.

Con la tecnología de la realidad virtual estamos llegando al punto en que otro tanto podrá aplicarse pronto a las formas tridimensionales, como la escultura: podremos contemplar en medio de un salón particular cualquier estatua que nos apetezca, con la gran ventaja de no tener nunca que quitarle el polvo.

Incluso en el campo más prototípico del mercado de masas y de la mediocridad rampante, el cine, las nuevas tecnologías podrán liberar a los artistas de su nefasto imperio: la construcción digital de imágenes aparentemente reales y vivas, y la sintetización de voces, pronto llegarán a un punto en que será posible hacer una película íntegramente en el estudio de una casa particular, sin la intervención de actores vivos ni la necesidad de desplazarse a escenarios reales. Por supuesto que no hará falta tampoco ir al cine para verla.

Está claro, pues, que pronto se podrá conseguir, mediante las nuevas tecnologías, la eliminación de intermediarios tales como editores, impresores, galeristas y hasta productores de cine. Basta con que las redes de interconexión se vayan extendiendo, progresión que sigue siendo geométrica, para que en relativamente poco tiempo todo artista con acceso a las nuevas tecnologías pueda llegar directamente a su público preferido, por muy minoritario que éste sea, e incluso pueda escoger y definir a ese público mediante un diálogo inmediato e ininterrumpido.

Aun cuando el artista prefiera no utilizar esta tecnología en la realización de su obra y pinte, por ejemplo, un cuadro al óleo sobre lienzo, la transmisión digital le servirá para prescindir de la galería, pudiendo exhibir su obra, reproducida en pantalla, a un público mucho más extenso que el del cocktail de inauguración. Y todas estas tecnologías, aunque no sean todavía precisamente baratas, cada día lo son más, a la inversa de los costes de producción y distribución tradicionales, que no hacen sino subir.

Ante esta visión tan pródiga de oportunidades que nos hace vislumbrar el aspecto positivo —de acuerdo con el ideograma chino— de la crisis actual, cabe plantearnos ciertas preguntas concretas, algunas referentes a las oportunidades, otras a los peligros que contiene esta solución.

¿Cómo pueden aprovecharse exactamente las nuevas tecnologías para liberar las artes de la tiranía de la mediocridad? ¿Cuáles son los escollos? ¿Cómo evitaremos que, al contrario de liberarnos, la tecnología se convierta en nuevo instrumento de opresión? Y más adelante: ¿Cuál es el futuro de las artes en la era informática? ¿Qué efecto tendrá la tecnología sobre su estructura y contenido?

Estas preguntas nos advierten que la solución tecnológica a la crisis actual puede a su vez generar otras crisis de tanta o mayor envergadura. Pero éstas, al parecer, serán crisis fértiles, de las que fortalecen el arte mediante la superación de desafíos y el aprovechamiento creativo de replanteamientos radicales.

A nuestra primera pregunta (¿cómo pueden aprovecharse exactamente las nuevas tecnologías para liberar las artes de la tiranía de la mediocridad?) caben diversas respuestas, según los casos. El hecho primordial liberador es que cada artista individual tendrá la capacidad técnica de transmitir su producto a sus interlocutores preferidos, siempre que éstos estén conectados a la red, cosa que se volverá tan común como el estar conectado al teléfono. Pero un escollo que tendrán que afrontar de entrada muchos artistas es el problema económico; no el problema de comprar el ordenador, el módem y demás aparatos necesarios, cuyo coste va bajando continuamente, y de todos modos puede hacerse abordable mediante el alquiler o el uso de aparatos a disposición del público, igual que en el caso del teléfono o el de las bibliotecas públicas. El problema económico más grave para los artistas que aspiren a vivir de su propia producción será el de cómo cobrar derechos de autor sobre una obra que no sólo puede ser transmitida por el autor a sus interlocutores escogidos, sino que puede ser interceptada por cualquiera e infinitamente reproducida y retransmitida a otros. Éste es un problema que ya afrontan las empresas discográficas, cinematográficas, las editoriales y las productoras de software. La simple piratería manual y analógica, antes del advenimiento de la tecnología actual, ya les ocasionaba pérdidas gigantescas todos los años sin que pudiesen hacer nada para impedirlo. ¿Cuánto más no burlarán sus pretensiones de cobro, y las de los artistas individuales, las comunicacio-

nes digitales cibernéticas? Las mismas empresas afectadas afirman que el problema no tiene solución tecnológica. Cualquier intento de restringir el acceso al contenido del espacio cibernético milita en contra de su esencia misma, y además resulta impracticable. Cualquier invento restrictivo puede ser y será neutralizado por un contrainvento. Dicho en términos crudos: o se para en seco la revolución informática y de comunicaciones, cosa prácticamente imposible, o hay que replantearse a fondo el tema de la propiedad intelectual.

Prescindiendo de la bola de cristal —mucho más difícil de conseguir y manejar que un ordenador— no pretendemos aquí vaticinar cuál será el resultado de dicho replanteamiento. Aunque por ahora parezca que llevan una ventaja insuperable los piratas, pueden surgir novedades que alteren el equilibrio técnico de fuerzas. Pero mucho dudamos que ésta sea la solución. Más probable vemos que sigan con ventaja los piratas, y que obliguen a la larga a un replanteamiento no sólo del tema de la propiedad intelectual, sino de las bases mismas de la economía. Esta suposición se basa en el hecho de que la información —el componente esencial de la propiedad intelectual— ya es el elemento de mayor importancia y plusvalía, por encima de lo material, en muchas actividades económicas. Éste es un proceso que seguirá en aumento a medida que sigan evolucionando la informática y las comunicaciones, y siga creciendo nuestra dependencia de las mismas.

Si el elemento clave de los procesos tecnológicos y de las actividades económicas que de ellos dependen es algo cuya propiedad y usufructo no pueden ser definitivamente restringidos ni protegidos, dicha incapacidad, o a la inversa, dicha ubicuidad y libertad de acceso tendrán implicaciones muy profundas para el conjunto de la economía. Si en lo que se refiere al dinero, el plástico ha podido suplantar al papel, que a su vez sustituyó, para las grandes cantidades, al metal, y si al plástico ya lo sustituyen transacciones puramente electrónicas, ¿cuán tenue no será el dinero en la era cibernética?

Sin pretender tener respuesta a estas especulaciones, podemos sin embargo vislumbrar el hecho de que, incluso en una época de cambios

tan radicales en la relación entre dinero e información —componente básico del arte— y en la definición misma del dinero, continuará, de alguna forma, la actividad artística. Esto podemos afirmarlo porque el arte siempre aflora, como actividad espontánea, incluso cuando todo milita contra ello, con la pertinacia de la maleza.

Una posible evolución del arte en la era informática sería hacia una especie de libre mercado de productores y consumidores individuales unidos por lazos de confianza mutua, como ocurre en las bolsas de cambio, que garantizaría el pago de sus respectivas deudas y recompensas en la forma, todavía indeterminada, que acabe por tomar el dinero. Resultado algo utópico, pero no del todo imposible, si la evolución de la ética se pusiera al día con la evolución tecnológica. O quizá se convierta el arte en actividad puramente de ocio, sin esperanza de recompensa económica. No sería la primera vez que tal cosa ocurre en la historia. El origen de las artes no es comercial, sino religioso. Su función esencial actual tampoco es comercial, sino afectiva, identitaria, ideológica y social, entre otras cosas. ¿Por qué entonces no han de superar las artes la fase comercial de su historia, igual que superaron la religiosa?

En cuanto a la pregunta de cómo evitar que la nueva tecnología se convierta en instrumento de opresión, hay que decir que la esencia misma de la cibernética y las telecomunicaciones es antitética a la dominación. Por la misma razón que da ventaja a los piratas en el campo de la propiedad intelectual, asimismo favorece al individuo, incluso en su manifestación más anárquica. El crecimiento y la difusión del Internet como sistema de interconexión autónomo, libre de control estatal o empresarial, es indicio del futuro de las artes en la era informática. La práctica imposibilidad de regular y controlar el espacio cibernético es la garantía de su libertad.

Un efecto de esa libertad de producción y transmisión de la que gozará el artista, que no se verá obligado a pasar por los intermediarios, será no sólo dar paso a mucho talento real hasta ahora oprimido, sino también a mucha basura. El nuevo reto para el público será el de encontrar, entre tan pletórica oferta, las pocas cosas que de veras interesen. Para servir a esta demanda surgirán sin duda nuevos intermediarios, los cibercríticos,

que cobrarán autoridad a medida que acierten en sus recomendaciones y proscipciones. Pero éstos no tendrán, como tienen ahora algunos de ellos, el control sobre la producción y diseminación de las obras objeto de su opinión. Sólo tendrán influencia sobre el público, si acaso, y ésta siempre se hallará sujeta al desafío de la respuesta, del debate abierto e interactivo.

Para acabar, consideremos la posible evolución de las artes mismas, no tanto en su aspecto social o económico, sino en su aspecto técnico (aunque éste también se relacione con aquéllos). Las nuevas tecnologías permitirán y propiciarán evoluciones diversas en cada una de las artes, de acuerdo con su naturaleza particular. Éstas son infinitas e impredecibles, pero hay algunas que ya pueden vislumbrarse.

En la literatura se abrirá paso al texto interactivo. En tal texto, si se trata, por ejemplo, de una novela, el autor podrá desarrollar su historia poco a poco, respondiendo a las preguntas y preferencias de su público, que podrá comunicarse con él directamente a través de la red. Esto no garantizará, ni mucho menos, la calidad del producto, pero sí hará que sea más adaptado a su público. Además, no será obligatorio el someterse a tal proceso; sólo es una posibilidad.

Otra evolución literaria, potencialmente mucho más revolucionaria, es la del hipertexto. Esto significa la designación, mediante una diferencia de color u otro indicativo visual, de ciertas palabras o frases como punto de partida para explorar subtextos dependientes de ellas. La exploración, efectuada mediante la pulsación de una tecla o con un clic del ratón sobre la palabra designada, es facultativa, pudiéndose emprender o no según el interés del lector en cada tema específico indicado, algo así como la opción de leer o no una nota a pie de página. Con la gran diferencia de que la elección de leerla o no puede determinar el orden y contenido de toda la lectura del texto, conduciéndola por esas zonas de la información total que tengan mayor interés para el lector. Esto llevará con el tiempo a un concepto radicalmente diferente de los textos como tales. Ya no primará necesariamente la noción de un texto que proceda linealmente en el orden que le imponga su autor, sino que podrán concebirse textos sin

principio ni fin, como la superficie de un globo, abordables en cualquier punto, cuya lectura será como la de un mapa. Las consecuencias de esta evolución textual para la del lenguaje mismo son de mucha consideración, que dejaremos a la imaginación de nuestros lectores.

Pasando a la música, la nueva tecnología de sintetizadores digitales ya permite a los compositores producir obras cuya interpretación va más allá de la capacidad física de los músicos vivos. Además, puede llegar a permitir, mediante las fórmulas matemáticas idóneas, la cuadratura del círculo armónico, lo cual sería el paso más significativo en la técnica musical desde Bach: la posibilidad de compaginar las armonías reales de la naturaleza, incompatibles las unas con las otras, con la compatible gama armónica artificial del temperamento igual. Esto abriría el campo a un sinfín de nuevas posibilidades armónicas y melódicas, que podría resultar tan fértil para la evolución estilística como lo fue en su día el temperamento igual.

En las artes pictóricas y plásticas, la tecnología digital permitirá al artista alterar sus imágenes básicas según su talante anímico, la estación o la demanda interactiva, manteniendo sin embargo la identidad fundamental de las mismas; algo así como una animación. La pintura o la escultura ya no tiene por qué ser estacionaria, sino que podrá moverse igual o mejor que un objeto natural.

De ahí al cine sólo hay un paso, y ya hemos visto que será posible hacerlo y verlo en casa. Pero ¿qué cine será el de esos miles de futuros cineastas caseros? Podrá ser tan personal e idiosincrático como la poesía lírica, y con tanta variedad de referencias y de imágenes como la pintura surrealista. No habrá más límites que los que van de la imaginación individual al argumento y las imágenes posibles. En vez de mandar una carta amorosa, se podrá mandar una película, con las imágenes y voces simuladas de los interesados en cualquier tipo de situación y paraje.

Podríamos seguir alucinando, con la certeza de que nuestros sueños — algunos por lo menos— se realizarán. Pero las limitaciones de la página impresa y la revista encuadernada nos obligan a cortar y a rematar nuestro argumento contestando a ciertas preguntas últimas que nos sugiere nuestro desvarío.

¿Qué efecto tendrá toda esta evolución sobre el divorcio entre alta cultura y cultura popular?

Sin duda, seguirán existiendo diferencias de nivel, así como existen diferencias de capacidad intelectual, de sensibilidad y de talento entre las personas. Pero si se consigue relajar, mediante la autoproducción, la presión del mercado de masas sobre la cultura popular, ésta tal vez sea capaz de producir obras mejores, más originales, menos baladíes, y se llegue a asemejar más a la artesanía que a la producción masificada industrial. A su vez la alta cultura, liberada de las barreras contrarias a la libre creación y difusión impuestas por los actuales intermediarios, podrá jugar con elementos mucho más variados que los que ahora se suele permitir, sin temor a perder su categoría. Esto puede llevar a la creación de mucha basura, pero también habrá lingotes de oro entre el lodo. Es posible, en resumen, que la cultura popular se acerque más al encuentro social interactivo, mientras que la alta cultura se vuelva incluso más privada e individualista.

Finalmente, ¿qué efecto tendrá esta evolución sobre el papel del arte como depositario y difusor de los valores codificados de una cultura determinada?

Lo primero que hay que decir es que las culturas particulares irán desapareciendo, fundiéndose las unas en las otras. Esto puede ser lamentable desde el punto de vista de quien aprecia y disfruta de la diversidad y autenticidad cultural, de las pequeñas (y grandes) diferencias que hacen la vida más interesante, pero probablemente sea inevitable. El mestizaje cultural ya es un hecho en las civilizaciones avanzadas, y es de notar que las personas que se oponen a ello, a menudo con violencia, suelen pertenecer a las clases más retrógradas y menos aventajadas económica y educativamente.

La globalización de la informática y las comunicaciones es propicia a la integración cultural y acabará habiendo —ya se aprecia su necesidad— un lenguaje mundial, aunque sólo sea bajo la forma de un programa universal para la traducción simultánea. Éste podrá tal vez configurarse mediante iconos visuales, como los que ya se usan tanto en la informática, y es

muy posible que se asemeje, no necesariamente en la forma, pero sí en su lógica esencial, a los ideogramas chinos o egipcios o a otros sistemas de escritura ideogramática.

En tales circunstancias habrá que hablar, no de los valores de una cultura particular, sino de los valores de la cultura global. Éstos tendrán que ser, según cierta teoría de la cultura, mucho más variados y complejos que los de cualquier cultura particular; según otra, mucho más sencillos y universales. Queda por ver cómo resultarán. Lo indudable es que si hay humanidad, habrá valores, porque su ausencia significaría el caos y la consiguiente extinción de la raza humana, cosa que es ya técnicamente posible.

El gran reto del futuro, el que nos impone todo este proceso de convergencia cultural en el que, querámoslo o no, nos hallamos involucrados —proceso propulsado en gran parte por la globalización de la informática y las telecomunicaciones—, es precisamente la creación de un sistema de valores universalmente reconocidos y aceptados (si bien no siempre sean acatados), en cuanto coeficiente indispensable de una cultura global.

Las artes no sólo reflejarán y cuestionarán, como siempre lo han hecho en las culturas particulares, los valores de la cultura global, sino que habrán de contribuir a su constitución y mantenimiento. Son precisamente las artes las que franquean con mayor facilidad las barreras que se oponen al entendimiento entre grupos, clases y naciones. Por ello mismo son llamadas a ser protagonistas en el proceso revolucionario que vivimos.

L. de A.